

Kapuscinski, el periodista que vino del frío

MARTÍN PAREDES OPORTO

Fue condenado cuatro veces a ser fusilado, cubrió veintisiete revoluciones y doce frentes de guerra, publicó una veintena de libros sobre África, Asia y América Latina y en 2003 fue condecorado con el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. Ryszard Kapuscinski murió a los 74 años el pasado 23 de enero en Varsovia. El «enviado de Dios» convirtió el reportaje en una pieza literaria de alta calidad y al periodismo en un oficio para gente buena.

Aquí la vida es un esfuerzo continuo, un intento incesante de encontrar ese equilibrio tan frágil, endeble y quebradizo, entre supervivencia y aniquilación.

RYSZARD KAPUSCINSKI, *Ébano*

Ya no quedan periodistas como él. Periodistas que, más allá del reportaje o la crónica eventual, pertenecen a los territorios de la literatura y evitan deliberadamente los *flashes* de la engañosa celebridad. Porque el gran ejemplo que deja la obra de Ryszard Kapuscinski es la humildad. Esto, que podría parecer un legado menor, en los tiempos actuales de divinización de fugaces estrellitas de la televisión, es una enorme cualidad raramente emulada. En un taller de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, pedía a los jóvenes periodistas nunca traspasar los límites ajenos, huir de la fama y el dinero, no perder ningún amigo por una nota, ponerse en los zapatos del entrevistado, tener el amor a la humanidad como motor, dejar el ego a un lado porque el periodista que cree saber todo está destinado a fracasar. «Lo más importante en nuestra profesión es recordar todos los días que todo nuestro trabajo depende de otros. Es paradójico porque el reportero es solitario —se mueve entre desconocidos— pero los demás deciden sobre el éxito de lo que hacemos. Estamos con alguien 15 minutos y nunca lo volveremos a ver. El primer contacto decide todo. Hay que tener una profunda, sincera humildad, porque la gente siente cualquier gesto de arrogancia», decía.

Después de leer sus libros traducidos al castellano, la lección que queda es la de un reportero que tiene al periodismo como una misión de vida, que comprende y explica mejor que nadie no solo grandes procesos sociales sino la vida cotidiana de las personas comunes (anónimas e invisibles para los grandes medios, fuente principal de información para Kapuscinski), generalmente las más pobres, guiado por la compasión hacia el otro y un profundo sentido de la solidaridad. Vivió austeramente, era al fin y al cabo un periodista de la Agencia de prensa polaca, pobre, como las personas sobre las que escribió.

EL MÉTODO DEL DISCURSO

«Nuestra profesión no puede ser ejercida correctamente por nadie que sea un cínic. Una cosa es ser escépticos, realistas, prudentes. Esto es absolutamente necesario, de otro modo no se podría hacer periodismo. Algo muy distinto es ser cínicos, una actitud incompatible con la profesión de periodista. El cinismo es una actitud inhumana, que nos aleja automáticamente de nuestro oficio, al menos si uno lo concibe de una forma seria. En mi vida me he encontrado con centenares de grandes, maravillosos periodistas, y en épocas distintas. Ninguno de ellos era un cínic. Al contrario, eran personas que valoraban mucho lo que estaban haciendo, muy serias, en general, personas muy humanas».¹

Además de esta declaración de vida, desarrollada en el libro *Los cínicos no sirven para este*

oficio, que constituye toda una ética, lo fundamental del método de trabajo de Kapuscinski es la comprensión de «los otros». «Los otros son los que nos dirigen, nos dan sus opiniones, interpretan para nosotros el mundo que intentamos comprender y describir. No hay periodismo posible al margen de la relación con los otros seres humanos. La relación con los seres humanos es el elemento imprescindible de nuestro trabajo. En nuestra profesión es indispensable tener nociones de psicología, hay que saber cómo dirigirse a los demás, cómo tratar con ellos y comprenderlos».²

Quizá ese deseo de siempre tratar de comprender al otro, al que no es como uno, al que no habla nuestra lengua, venga desde sus años de juventud, cuando termina la carrera de historia en la Universidad de Varsovia y empieza como reportero principiante en la redacción del diario de las juventudes comunistas *Estandarte de la Juventud*. En esa época se origina su obsesión por cruzar la frontera, por saber qué había del otro lado. Un día, Kapuscinski le declara su deseo de viajar al extranjero a la redactora jefe del diario, Irena Tarlowska. Un año después, en 1956, lo mandan a la India. Tarlowska le regala un grueso volumen de tapa dura, forrado con tela de lino amarilla. En la portada, con letras doradas, Kapuscinski lee: Heródoto, *Historia*.

El joven Kapuscinski encuentra un alma hermana en Heródoto. Como él, ha salido de su tierra natal a conocer el mundo, estudiarlo y comprenderlo, para después describirlo. Heródoto tiene las cualidades de un reportero e *Historia* es el primer gran reportaje de la historia universal. Kapuscinski aprende rápidamente la clave del método de trabajo: saber mimetizarse con su entorno, y descubre las ventajas del anonimato. La clave estaba en parecer lo menos posible un extranjero, para no ser excluido del contacto con la gente corriente y de las informaciones de primera mano. Como buen alumno de la escuela de los *Annales* franceses, sabe que la historia se construye desde abajo, atenta a los detalles, a la observación y la intuición. Kapuscinski privilegia la información que recoge en la calle a la burocrática, unilateral, de las conferencias de prensa. «¿Pero cómo Heródoto, un griego, podía saber lo que decían gentes de países remotos, persas y fenicios, los habitantes de Egipto y de Libia? Pues viajando, preguntando, observando y sacando conclusiones de lo que le contaban y de lo que él mismo había visto: así atesoró sus conocimientos. De manera que siempre empezaba por un viaje. ¿Y no hacen lo mismo todos los reporteros? ¿Acaso ponemos en camino no es lo primero que nos viene a la mente? El camino es la fuente, el tesoro, la riqueza. Solo estando de viaje el reportero se siente él mismo, a sus anchas, se siente en casa».³ En el libro de Heródoto, Kapuscinski encuentra prácticamente un manual de reportero, una lección del modo de ver, de entender y de describir el mundo; de empatía, de ponerse en los zapatos del otro. Lo que en antropología se llama observación participante, Kapuscinski lo aprendió en las páginas de *Historia*. No encuentra en esas páginas odio ni rabia, sino la intención de comprenderlo todo. De ahí viene su famosa frase: «Creo que para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser un buen hombre, o una buena mujer: buenos seres humanos. Las malas personas no pueden ser buenos periodistas. Si se es una buena persona se puede intentar comprender a los demás, sus intenciones, su fe, sus intereses, sus dificultades, sus tragedias».⁴ Por eso, Kapuscinski repetía siempre que la guerra era la derrota de la humanidad, el fracaso del entendimiento humano.

DESPACHOS DE GUERRA

Si las guerras ya no son como las de antes, los corresponsales de guerra tampoco son los mismos. La guerra marcó la vida de Kapuscinski desde su infancia. Cuando tenía 7 años, en 1939, las tropas del Ejército Rojo invadieron Pinsk, su ciudad natal, la parte más pobre de Polonia. A los 12 años su familia se trasladó a Varsovia huyendo de la guerra. Vivieron en refugios, atemorizados, escondidos. «La guerra es la degradación del hombre al mismo nivel que la bestia. Cada guerra es una derrota para todos. No hay ningún vencedor. He visto muchas guerras, pero recuerdo especialmente cómo acabó la Segunda Guerra Mundial. Hubo unos días de euforia, pero luego fue saliendo a la luz la enorme infelicidad que la acompañaba: los mutilados, los niños huérfanos, las ciudades heridas y arrasadas, la gente irremediabilmente enloquecida».⁵

Durante más de veinte años, Kapuscinski recorrió los lugares más conflictivos del planeta. Cubrió guerras, golpes de Estado, revoluciones sangrientas y los procesos de descolonización en el continente africano, las guerras de liberación y su secuela de miseria extrema. Fue una de las pocas personas en Occidente que comprendía la compleja realidad de África, un lugar al que nadie quería ir de corresponsal. Si alguien quiere entender África tiene que leer *Ébano*, testimonio de primera mano desde el corazón de un duro continente de treinta millones de kilómetros cuadrados. Kapuscinski se especializó en cubrir países del Tercer Mundo —África, Asia, América Latina—,

a los que le unía un «lazo emocional». Uno de sus libros más importantes es *El Imperio*, un vasto y ambicioso retrato de la Unión Soviética en decadencia. *El Sha o la desmesura del poder* es la crónica de la revolución que derrocó la dictadura de Reza Pahlevi, los orígenes del movimiento chiita y el ascenso político de Jomeini. En *La guerra del fútbol y otros reportajes* cuenta el golpe de 1965 en Argelia (y hace un magnífico retrato de Ahmed Ben Bella), la guerra entre Honduras y El Salvador, la guerra del Congo de 1960, la guerra civil de Nigeria en 1966. *Un día más con vida*, considerada su mejor obra, es la desolada descripción del éxodo de Luanda, donde hasta los perros huían mientras Kapuscinski parte al frente de batalla a reportar.

Kapuscinski, que corrió innumerables riesgos durante más de cuarenta años de reportero, advertía que el mayor peligro de esta profesión era la rutina y creer que cuando se aprende algo ya lo sabemos todo: «A diferencia de otras actividades, donde en ocasiones es posible afirmar que alguien ha conseguido mucho, en el periodismo nunca sabemos en realidad qué hacer, cómo actuar, cómo escribir. En cada artículo, cada reportaje, cada crónica, siempre estaremos empezando de nuevo, desde cero. Ni siquiera los libros que escribimos escapan a esta regla: ninguno nos va a servir mucho para el que sigue. Siempre estaremos al principio, nunca podremos estar contentos».

- 1 Cruz, Juan. «Contra los cínicos». *El País*, 25 de enero de 2007.
- 2 Kapuscinski, Ryszard. *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo*. Barcelona: Anagrama, 2002, pp. 36-37.
- 3 Kapuscinski, Ryszard. *Viajes con Heródoto*. Barcelona: Anagrama, 2006, p. 290.
- 4 Kapuscinski. *Los cínicos no sirven para este oficio...*, ob. cit., p. 38.
- 5 Kapuscinski, Ryszard. «Con Heródoto en la guerra». *Proceso*, n.º 1383, México, 2003.

